

## LA CIENCIA, PARIENTE POBRE DE LA CARIDAD<sup>1</sup>

Hoy se habla mucho de la pobreza en los países ricos. Hemos dejado atrás los años de la posguerra, en los que la palabra “pobre” parecía borrada de una vez por todas del vocabulario económico y social de Occidente.

Sin embargo, aunque las palabras vuelven, están lejos de referirse a las mismas personas o los mismos problemas. Además, las características que se atribuyen a la pobreza difieren de una obra a otra, en función de la experiencia y los estudios del autor. Tales estudios pueden centrarse tanto en la familia que fortuitamente ha caído y ha quedado por debajo de la media a consecuencia del paro o la ausencia del padre como a aquella otra que, generación tras generación, no consigue entrar en la era industrial y, por ello, mantiene una existencia de pobre de otro siglo.

Cuando en esas páginas nos hablen de pobres pensaremos, puesto que es el objeto de todos nuestros esfuerzos, en la capa social que se presenta como la más desposeída de las sociedades ricas. Se tratará de aquellos cuya pobreza económica va acompañada de privaciones en todos los sentidos: cultural, psicológico, social y espiritual. Son los que no han podido entrar en las estructuras modernas y siguen fuera de todas las grandes corrientes de la vida de la nación. Pediremos a los sabios que definan con precisión esa capa subproletaria cuyo rostro parece haber conservado los rasgos del Lázaro de los Evangelios. Forma parte del deber de quienes compartimos su vida acercar a esta gente a las preocupaciones de la Universidad, que ha de convertirse en nuestra guía y ayudarnos a crear una nueva inquietud a su favor en nuestras instituciones temporales y espirituales.

### 1. Los elementos del círculo vicioso.

Los miembros de estas instituciones y de la Iglesia que querrían vincularse a estos pobres suelen encontrarse en una situación difícil y sus esfuerzos por ayudarles no llegan a nada. El pobre sigue siendo lo que es o, cuando varía ligeramente a consecuencia de alguna actuación, lo hace de un modo que no habíamos previsto. Así, frustradas nuestras expectativas, abatidos por nuestra impotencia, lo que ocurre es que intentamos despedazarlo, reducirlo a sus dimensiones más pequeñas: negando su entorno, destruyendo su barrio, actuando como si su grupo no existiera, pulverizando también su familia y, por último, como hemos visto que se hace en algunos países muy avanzados, desmontándolo pieza a pieza con el tratamiento de un psiquiatra.

Estos esfuerzos aparentemente crueles por acabar con una capa social desposeída de privilegios ocultan con mucha frecuencia la profunda inquietud de quienes no logran superar sus miserables condiciones de vida. Sus dificultades son mayores porque cuesta trabajo comprender las razones de su fracaso. Es cierto que no faltan explicaciones. No es preciso recordar aquí la idea del pobre malo, que, por una especie de vicio, se niega a salir de su situación. De eso, pasando por el pobre víctima de sus carencias mentales, hemos llegado hoy a la noción infinitamente más matizada de un círculo vicioso de la pobreza. Las condiciones materiales infrahumanas provocarían un estado físico y mental, unas actitudes, una forma de vivir que, según algunos, son un obstáculo a la recuperación de los pobres. Esas condiciones se transmiten de padre a hijo y hacen perenne la pobreza, la hacen hereditaria, por decirlo de algún modo. ¿Basta este razonamiento para explicar la sorprendente impermeabilidad del mundo subproletario a las influencias de la sociedad circundante?

---

<sup>1</sup> PREFACIO AL LIBRO DE JEAN LABBENS, *LA CONDICIÓN SUBPROLETARIA. LA HERENCIA DEL PASADO*, EDITIONS SCIENCE ET SERVICE, PARÍS, 1965.

---

No cabe duda de que las condiciones de vida dan lugar a formas de afrontar la existencia. Un determinado estado de pobreza impone a sus víctimas formas de ser, comportamientos particulares. Comprobamos que, en cualquier lugar donde el mundo haya entrado en la era industrial, los más pobres reaccionan ante la miseria con determinadas actitudes similares que no favorecen su progreso. Así dan al subproletariado un rostro universal.

Uno de los rasgos de ese rostro es, por ejemplo, la inestabilidad conyugal. La encontramos tanto en las barriadas de Lima como en los "slums" de Calcuta o en los suburbios de la región parisina. En las capas más pobres de la población de estos lugares de miseria, el hombre vive sus lazos conyugales día a día, sin un compromiso de futuro real. Vive con una mujer una parte de su existencia y aceptará que ella lo abandone o él mismo la abandonará. No buscará necesariamente otra mujer, sino que tal vez se oriente hacia otro tipo de vida, la de un hombre solo, igualmente provisional. No tendrá más carácter definitivo que su situación anterior y un día se habrá convertido en padre de una familia precaria.

Queda por estudiar en qué medida las subcapas más pobres valorizan en general esta inestabilidad. No tenemos ningún ejemplo al respecto. Antes al contrario, lo más frecuente es que desprecien esa inestabilidad en que viven. No saben de qué otro modo responder y aceptan la precariedad de sus uniones como una realidad casi inevitable que no les proporciona orgullo ni satisfacción. Más bien incrementa el descrédito en el que viven, no sólo de cara al exterior, sino también en su propio entorno.

Además, dudaríamos en considerar que la estabilidad conyugal y el concubinato son elementos de una cultura, como hacen algunos. El pobre de los países industrializados tiene que ser consciente de las cosas que impone una cultura nacional omnipresente. La sociedad circundante le deja las ideas de lo que debería ser la vida familiar, profesional y social, aunque sea sólo a través de los medios de información generales, de las intervenciones de los servicios sociales, de la infancia vivida en la asistencia pública, etc. Esta sociedad no le ofrece medios para vivir los valores que enseña del mismo modo que sus miembros más favorecidos, pero tampoco deja lugar a una cultura de la pobreza contraria a sus normas y que permita a los pobres justificarse, al menos a sus propios ojos. El pobre no puede vivir la cultura que le rodea y, como mucho, logra huir de ella, físicamente refugiándose al margen de la ciudad, moralmente envolviéndose en una indiferencia que le protegerá del desaliento y de la vergüenza. En los estados del bienestar (y especialmente en los estados del bienestar europeos), ni siquiera se le ocurre la idea de que podría tener derecho a vivir conforme a sus propios valores. Además, si no cede, será destruido en lo que le resulta más esencial: apartándolo de sus hijos. Lejos de pedirle que se afirme, se ve condenado a una huida que no conduce a ninguna parte.

Podríamos decir sin duda que esta incapacidad deshonrosa para vivir como los demás se debe a la falta de ciertos medios materiales. La carencia de vivienda o la superpoblación, la precariedad y la insuficiencia de ingresos, la mala nutrición, son otros tantos factores que explican fácilmente un modo de vida y una determinada psicología universal entre los más pobres. No obstante, no son los únicos factores que influyen. No bastan para explicar que el subproletariado siga siendo pobre cuando llega el progreso económico. Otro elemento del que no se habla tanto y que, sin embargo, es un eslabón esencial del círculo vicioso de la pobreza, es la falta casi absoluta de relaciones de intercambio con las capas que no son pobres.

El pobre es lo que es y sigue siéndolo porque ese grado determinado de privación de bienes materiales va acompañado no sólo de comportamientos particulares, sino también de una comunicación defectuosa con el mundo que les rodea. Este mundo le niega las condiciones necesarias para entender y para hacerse entender, y, a partir de una cierta pobreza, el hombre es un extraño en el estado del bienestar. Puesto que no encuentra a los demás, no está en condiciones de poner los pocos bienes que se le ofrecen al servicio de un acercamiento.

## **2. La comunicación defectuosa.**

Para que sea posible la comunicación entre la capa subproletaria y las clases acomodadas sería necesario tener una percepción común de los seres, de las cosas, de las situaciones, al menos en determinados campos. Podríamos pensar que efectivamente existe, ya que, como decíamos, hasta una población marginal está hoy en contacto con la cultura que le rodea, aunque sea sólo a través del trabajo, los servicios sociales, la

televisión o el cine. Es cierto que a través de todo ello adquiere ciertas nociones de los valores que conforman esta cultura. Lo que nos sorprende en la capa subproletaria es esa especie de desfase en la forma de percibir determinados valores, puesto que no se viven del mismo modo que el mundo exterior. El trabajo forma parte de la dignidad del hombre, le decimos al pobre, los niños necesitan aprender, el matrimonio es honroso. Él lo cree, aunque nunca llega a comprender del todo esos valores a través de una experiencia de vida. Su experiencia personal es la del trabajo humillante, la de un aprendizaje del que sus hijos no sacan ningún provecho, de la precariedad o la imposibilidad del matrimonio. Como no conoce otra cosa, ni él mismo se da cuenta de su desfase respecto del mundo exterior. Nota que es diferente de los demás, pero nunca comprende exactamente por qué. Esta situación confusa pone en todo contacto entre el pobre y el no pobre una nota de ambigüedad que falsea la relación y que casi siempre hace que termine en un diálogo de sordos.

Robert Estève<sup>2</sup>, que tras meses de búsqueda infructuosa encontró trabajo de obrero en Les Halles, le dijo a su mujer que no iría si no le conseguía un pantalón nuevo. Al cabo de unas semanas no había nada que comer en casa de los Estève y cuatro niños fueron trasladados a una institución pública. A pesar de todo, Robert no irá trabajar si no consigue vestirse no sólo adecuadamente, sino igual que los demás.

Robert no pide más que trabajar regularmente, ser acogido en el mundo obrero. Sabe de un modo abstracto que el trabajo confiere dignidad, pero resulta que nunca ha sido iniciado en los misterios de la transformación de la materia, sus manos desconocen el ritmo y no pueden conocerlo. Robert ha repartido su existencia entre un entorno urbano miserable, el ejército en Indochina y el suburbio. No ha aprendido a trabajar. En realidad, ni siquiera sirve para los trabajos más duros y más deshumanizadores, que están reservados a su hermano más evolucionado: el proletario. No le quedan más opciones que la de ser un trabajador insignificante. Unas veces lo aceptará con una cierta indiferencia y otras lo rechazará con desagrado. En ocasiones pensará también que puede evitarlo engañando a su entorno: no dirá que vive en el suburbio, se vestirá cuidadosamente para ocultar que pertenece a un medio desdeñado. Pero el engaño no durará mucho. No sólo es reemplazable, como el proletario, sino que además es inútil, y quienes le conocen se dan cuenta enseguida.

¿Cómo puede ser el diálogo entre este hombre y sus compañeros de trabajo o su jefe? Un obrero de verdad no puede reconocerse en Robert: no ve en él sólo sus manos de pobre, sus manos ininteligibles y torpes, que, al fin y al cabo, lo explican todo. Descubre en él, sobre todo, una cierta falta de respeto, una indiferencia por su tarea que interpretará como falta de respeto o indiferencia hacia la dignidad del trabajo. Esto no tendría consecuencias si no descubriera detrás de Robert todo un mundo de trabajadores despreciados que desprecian su tarea. Percibe ese mundo como un peso capaz de poner en riesgo su propio progreso. No podemos decir que la clase obrera tema a la capa subproletaria, porque ya no forma parte de ella. Sin embargo, no le gusta encontrarla en su camino y se aleja, aunque no sea más que dando muestras de un total desinterés. Además, el obrero se separará instintivamente de Robert, lo tratará con indiferencia o condescendencia, lo humillará o hará de él una especie de sirviente. Cuanto menos se integre en el mundo obrero, más se acentuará este comportamiento.

No hace falta decir que Robert cambia de trabajo a menudo y que no hace nada durante períodos más o menos largos. A pesar de todo, no abandona el sueño que le han inculcado sus contactos con un mundo más favorecido: convertirse algún día en un trabajador respetado. De vez en cuando refuerzan su esperanza determinadas intervenciones de un servicio oficial o de beneficencia. Como no conocen bien sus posibilidades reales, a veces creen ayudarle proponiéndole un trabajo en una pequeña empresa en el entorno de un trabajo humanizador. Ese entorno que individualiza al trabajador es beneficioso para quien sabe encontrar su sitio respecto de los demás. Robert, en cambio, tropezará con exigencias imposibles y verá expuestas todas sus carencias. Más le hubiera valido seguir en un trabajo menos humano, en la fábrica o en Les Halles, donde habría tenido más oportunidades de pasar desapercibido.

Él mismo no tendrá más opinión al respecto que la del servicio que haya intervenido. Se deja llevar por cualquier propuesta tanto más fácilmente porque es extremadamente impresionable: la miseria y la

---

<sup>2</sup>Por razones evidentes, a lo largo de todo este texto se han dado nombres supuestos a las personas objeto del estudio.

dependencia crónica no le han forjado una personalidad consistente, capaz de dominar y de juzgar, y se equivoca con la misma facilidad respecto de sí mismo como respecto de los seres y las situaciones que conoce. Una simple oferta de contrato, hecha un poco a la ligera o para deshacerse de él, puede parecerle una señal de reconocimiento de su capacidad de trabajo. Y así conseguirá deslumbrar unos instantes a sus jefes, exagerando sus posibilidades y demostrando un interés desmedido. En su euforia interpreta toda palabra amable como prueba de que le otorgan una consideración especial. Desde luego, no durará y, a la primera contrariedad, se sentirá de nuevo desorientado. A sus ojos, cualquier reprimenda se convierte en un insulto. Verá en el jefe no sólo al representante de una clase que explota a otra, sino un enemigo personal. Tampoco aquí es posible el diálogo, y Robert terminará despedido o abandonará él mismo el trabajo en un arrebato o para evitar la deshonra de que le pongan en la calle. Ni siquiera pedirá su último sueldo.

Desde hace años se niega cada vez con más obstinación a apuntarse en el paro: para él es una gestión que relaciona en su recuerdo con una serie de circunstancias humillantes. El obrero, incluso el jornalero proletario, pueden ver en el paro una injusticia social que tiene sus compensaciones. La conciencia de clase puede protegerlos, al menos en parte, de la sensación de pérdida de valor personal. Al pedir el paro reivindican un derecho colectivo. Para Robert, la misma situación de desempleo tiene un sentido distinto. No tiene conciencia de pertenecer a una clase, sino que se trata de una persecución contra él personalmente; el paro es la señal de su derrota individual y el subsidio de desempleo pone de manifiesto su inferioridad como hombre. Incluso desaparece el diálogo con los servicios administrativos y sociales responsables de ayudarlo.

Esto no es más que un simple ejemplo del desfase entre la distinta forma de ver las cosas a un lado y otro de la barrera. Podríamos encontrar muchos otros casos y ampliarlos a todos los ámbitos de la vida de un hombre, de una familia, de un grupo. Los puntos de vista no coinciden y las mismas palabras no se refieren a las mismas ideas. Se interpretan mal las actitudes y las acciones. Reina el malentendido entre el universo subproletario y las clases integradas.

### **3. La ilusión del diálogo.**

Sin embargo, es fácil que se engañen sobre las posibilidades de comunicación quienes hoy se acercan al mundo de los muy pobres buscando una mejora o con el fin de investigar. Nadie tiene más capacidad de alimentar su ilusión que quien vive al margen.

Es preciso subrayar un aspecto: nos equivocáramos si presentásemos el mundo subproletario y las clases integradas como dos universos entre los que se abre un foso. En realidad, estos universos se tocan y hay movilidad de uno a otro. Los miembros más evolucionados de la capa subproletaria se mezclan con los menos integrados del mundo obrero, con los que siguen perteneciendo a un proletariado no organizado, y se confunden en algunos barrios degradados. No todas las familias subproletarias se parecen a los Estève, y a veces nos cuesta trabajo comprender por qué una familia laboriosa ha fracasado al margen de estos barrios pobres. Aparentemente cumple las normas de un medio integrado: el padre trabaja, la casa está bien llevada y los niños van al colegio. Solamente quienes tienen una situación ligeramente mejor pueden desentrañar las señales de un desfase imperceptible a los ojos de los demás. No se dejan engañar y son ellos quienes niegan a la familia las relaciones de intercambio que necesitaría para integrarse a su modesto nivel.

Nuestro amigo Collivaud es uno de los que quedan así al margen. Pasó su niñez en la asistencia pública y aprendió los trabajos más humildes de una granja. A los doce años tuvo la suerte de conocer a un herrero que le enseñó su oficio. Gracias a él vivió una experiencia profesional que hará que toda su vida respete el trabajo, e inculcará a sus hijos ese respeto. Al volver del servicio militar, pobre y analfabeto, a un medio urbano sin privilegios, habría podido integrarse en una clase gracias a su profesión. Y así es: encuentra un trabajo estable en una fábrica. El destino quiso que a los 30 años perdiera el brazo izquierdo y de ese modo se le cierra la única vía de acceso que tenía.

Acabada su modesta carrera de calderero, termina fuera de lugar incluso en la pensión, por el número de hijos que tiene, por la bebida que perturba su vida familiar, por sus actitudes serviles de pordiosero... Se ve expulsado al suburbio, donde su comportamiento mejora. Allí vive tranquilamente con su familia numerosa, buscando pequeños trabajos: hace de vigilante nocturno, entrega cartas. Se preocupa por la escolarización de

los niños y por su formación profesional. Un observador de fuera, poco sagaz, podría pensar que es alguien del mundo obrero que se ha quedado al margen por mala suerte, y tanto más porque él mismo lo cree. Ya no es capaz de comprender ese pequeño desfase que lo convierte en un hombre rechazado incluso en la clase más modesta. Siempre ha oído hablar de la pertenencia a una clase, pero nunca lo ha experimentado, de modo que no sabe a ciencia cierta qué significan esas palabras, y no se da cuenta de que él siempre se ha quedado fuera.

Así, toda una capa superior del mundo subproletario engaña al visitante y se engaña a sí misma diciéndose que pertenece a un medio integrado y despreciando a las capas menos estables, más miserables, que están por debajo de ella. Por este motivo el diálogo muchas veces se hace irreal.

Sin duda es más difícil equivocarse respecto de las capas inferiores, donde la sensación de conjunto es menos engañosa. Cuando más descendemos en la escala social, más se muestra el verdadero rostro de la pobreza, que destruye la armonía del hombre. El orden humano abandona esos lugares para dejar sitio a la incoherencia de la miseria. El entorno adquiere un aspecto que no es uniformemente miserable sino insólito, donde se yuxtaponen objetos incongruentes, reflejos del desorden interior del hombre. Robert Estève aparece a la puerta de su iglú<sup>3</sup>, con la cara grisácea de un hombre mal alimentado, pero vestido con cierto cuidado. Dentro, un niño esquelético permanece inmóvil en una cama cubierta de trapos; suena la radio y hasta hay una televisión alquilada, porque Robert ha hecho que le pongan luz. Podría decirse que para los Estève la pobreza empieza a descubrir su auténtica naturaleza: no crea unos valores culturales propios, sino que lleva al ser humano a una especie de improvisación perpetua. En casa de Robert no encontramos ya la conformidad imperfecta pero más o menos estable de Victor Collivaud. Se conforma a veces con una cosa, a veces con otra, sin adoptar un comportamiento normal o desviado de forma duradera. Se encuentra alternando entre el sueño de lo que querría ser y la realidad, que le impone algo distinto.

Aunque el observador del exterior no se equivoque en cuanto a su estado de desequilibrio, sí que se equivoca a menudo en cuanto a la naturaleza de esta inestabilidad. Robert, como Victor Collivaud, le presentará su situación como consecuencia de una mala suerte personal. A diferencia de Victor, se siente vagamente culpable: él no sabe hacer lo que su familia necesita. Por eso no reivindica nada. Sin embargo, tiene razones inmediatas para no trabajar, para no interesarse por el subsidio de desempleo. Son razones aparentemente sin peso: no tiene qué ponerse, no ha podido salir de casa porque su hijo está malo, le han llamado a la comisaría de policía para un asunto urgente... Expone sus argumentos de forma razonable y convincente. Como tantos otros pobres, con el visitante utiliza un lenguaje que ha tomado prestado del mundo exterior: lo ha tomado de la asistencia pública, del ejército, de sus contactos con las obras benéficas o los servicios sociales. Salpica sus frases de expresiones estereotipadas y de palabras extrañas que hacen pensar en un pasado respetable, en una juventud vivida en mejores condiciones. Robert no intenta engañar en principio: se trata de algo muchísimo más sutil. Él utiliza las formas de comunicación de que dispone para explicar una situación tal y como la ha vivido hasta entonces. Carece de los elementos y de la experiencia necesaria para juzgarla objetivamente, situándola en el tiempo y dentro de un conjunto. Como, además, se aleja con decisión de su entorno miserable, el interlocutor poco avisado lo interpreta fácilmente como un caso tal vez complejo, pero resoluble. Si los contactos duran, terminará por ver en él a alguien débil de carácter o de espíritu. Sea como sea, Robert, con la sensibilidad epidérmica del pobre ante las actitudes del prójimo, interpretará sus más mínimas palabras, en el tono más neutro, como señales de respeto, de desprecio, de apoyo o de amenaza. La comunicación estará cada vez más falseada.

Los Estève y los Collivaud son, en cierta medida, representantes de dos tipos distintos de familia. Jean Labbens ha calificado de ambivalentes a las del tipo de los Estève, a causa de su tendencia a respetar las normas establecidas y, a la vez, apartarse de ellas<sup>4</sup>. Aunque se alejan unas de otras y buscan identificarse con las familias del nivel de los Collivaud, tratan con clara condescendencia a un tercer tipo de familia, más miserable aún que ellas. Efectivamente, en lo más profundo del mundo subproletario encontramos un grupo todavía más desposeído, que tiende a resignarse a su condición.

---

<sup>3</sup> Iglú.

<sup>4</sup> Jean Labbens, "Principios sociológicos de la promoción social de la familia inadaptada", ed. Oficina de Estudios Sociales, 1964.

A menudo se habla de la apatía de los pobres. Tal vez fuese conveniente precisar un poco esta idea. La población subproletaria, aparentemente pasiva, reacciona en cambio ante los acontecimientos de la vida. Lo hace a su manera y, a veces, buscando lejos de los caminos trillados. Por eso es posible que sus actividades escapen a la atención del trabajador social o del investigador. Pero sí es cierto que una parte de esta población tiende a acomodarse en su situación infrahumana. Se instala en cierto modo en esa situación, lo cual limita sus actividades y aspiraciones de supervivencia al nivel más elemental. Su propio entorno, en consecuencia, se aleja.

Los Jamart están en este caso. André Jamart se contenta con los trabajos más humildes. Se mantiene a duras penas a la altura de los temporeros, de los basureros. Cuando no hay trabajo, vive meses y meses de chapuzas y ayudas. Su sueño es conseguir un trabajo estable como basurero en París: su horizonte no va más allá. Mientras tanto, se han llevado a cinco de sus hijos por razones sanitarias. El iglú que acoge a su mujer y a los dos niños que les quedan está en ruinas; sus esfuerzos por evitar que se derrumbe hablan de la más ilusoria improvisación. A pesar de todo, le parece bien su vivienda: “Nuestra casa no es lujosa”, dice, “pero no está mal para nosotros: por lo menos no estamos en la calle”.

André Jamart se nos presenta con un aspecto totalmente pobre, y su forma de entender la vida no debería confundirnos. Sin embargo, incluso con él, el diálogo se presta con frecuencia a los malentendidos. André, igual que Robert, toma prestado un determinado vocabulario del mundo exterior, especialmente del mundo de los obreros, que conoce desde su infancia mísera en una pequeña ciudad de provincias. Es más miserable que Robert y su personalidad es más plástica. Se adapta a la situación, a la persona, en cada momento. Es algo que, además, se lee en su cara de pobre, de rasgos desvaídos, de mirada imprecisa. André hablará siempre el idioma de su interlocutor, sea cual sea: lo hará con una insistencia que puede llegar a irritar. Sorprende al visitante del exterior por sus frases cuidadas, que no son más que el eco de unos ruidos oídos pero nunca asimilados. No comprende nada de su verdadero contenido, menos aún que Víctor y Robert. Su espíritu se nutre de migajas caídas bajo la mesa; tiene huecos porque André no ha sustituido los valores mal interiorizados por otros. Utiliza con gran facilidad ciertas palabras que no entiende, y no para inducir a error a su interlocutor, sino como fórmulas rituales que le permiten mantener un contacto. Son palabras que hablan de un modo de actuar que forma parte de sí mismo y que no puede abandonar. Para establecer un diálogo, por poco verdadero que sea, haría falta entrar en la categoría de las personas muy próximas a las que el código permite abordar sin ningún rito excesivamente especial.

En definitiva, los pobres nos devuelven, como un espejo malo, el reflejo más o menos vago, más o menos deformado, de nuestro propio rostro. Los pocos hombres de buena voluntad deseosos de acercarse a ellos descubren demasiados rasgos familiares como para no hacerse la ilusión de que entran en un universo accesible. En realidad entran en situaciones equívocas que, en lugar de aligerarla, acentúan la condición marginal que sufren los pobres de manos de quienes no ven en el espejo más que la deformación y la mueca.

#### **4. La condición marginal.**

Hemos hablado en otras ocasiones de la calidad de las relaciones que la sociedad contemporánea puede mantener con los muy pobres. En general no valora al hombre en sí, sino que lo sopesa en función de sus bienes accesorios: belleza, inteligencia, valor profesional, etc. El pobre, en consecuencia, representa un elemento negativo: no sólo no aporta nada, sino que estorba. Su entorno es considerado una vergüenza para la nación; su hijo, de poca capacidad intelectual, molesta en la escuela, igual que él mismo, que carece de valor profesional, molesta en el proceso de trabajo.

Lo que es cierto para el hombre lo es también, con mucha más razón, para el grupo. No son sus condiciones de vida, sino el entorno propiamente dicho lo que se considera nefasto. Incluso desde el punto de vista político resulta molesto, porque en general no vota y porque su presencia en un barrio, gravosa para el presupuesto de la ayuda social y perjudicial para el vecindario, ofrece un pretexto para culpar al partido que está en el poder.

En sus circunstancias, los pobres no tienen ningún papel individual ni colectivo. Cuando los identificamos en su repulsiva situación, nuestra primera preocupación no es entrar en contacto con ellos, sino evitarlos. La

sociedad les propone esencialmente relaciones de ayuda individual, sin ninguna otra contrapartida más que utilizarla como ella impone: les crea una situación de dependencia personal sin retorno. Expulsados al sector de los inútiles, sin derechos ni deberes colectivos, están privados de los medios de comunicación indispensables para conseguir alguna forma de utilidad. La escasa ayuda material o social que se aporta a un entorno sin una experiencia concreta de los valores culturales corrientes sólo puede servir para cubrir necesidades inmediatas y fraccionadas. No favorece la promoción de los pobres, y la sociedad, por su parte, les resulta inútil. En este sentido puede afirmarse que la condición marginal cierra el círculo vicioso de la pobreza.

Nosotros mismos hemos vivido esta condición creciendo en una familia pobre, al margen de un barrio popular. Demasiado desposeídos para resultar útiles, nuestro único medio de comunicación era aceptar la ayuda individual que ofrecía el exterior y, a cambio, utilizarla como decía quien nos la prestaba. Esta forma de diálogo nos privaba de toda posibilidad de promoción. En efecto, tal promoción exigía al principio ese mínimo de libertad de pensamiento y de acción, ese mínimo de posición social independiente de nuestras dimensiones personales, necesario para la auténtica comunicación con un entorno dinámico. Además, al desconocer la pobreza, nuestros interlocutores no sospechaban la mayoría de las veces que pudiéramos no pensar como ellos, y, si lo descubrían, se indignaban. Poner en duda sus intervenciones, que no respondían a nuestra necesidad profunda de integración, rechazarlas tal vez, significaba poner en peligro las únicas relaciones que nos quedaban con una sociedad sin la que no podíamos vivir. Nuestra madre necesitó una fuerza de voluntad poco común para negarse a que se llevaran a su hijo al orfanato de Auteuil. Como ella era incapaz de ofrecerle los medios para seguir una formación profesional, le pedían que se separara de su hijo, que lo pusiera en la situación marginal del huérfano pobre. De hecho, la obligaban a elegir entre lo que ella misma consideraba bueno para él y la opinión de quienes tenían poder para garantizar el futuro de su familia. Si tomaba una decisión siguiendo su propio juicio, perdía el apoyo y el interés de la parroquia.

Nos dicen sin dudar que el servicio social moderno que ha sustituido a las antiguas obras ha modificado totalmente las relaciones de la sociedad con sus pobres. Sin embargo, no hay nada que lo confirme en nuestra vida actual en el seno de una población subproletaria. Es verdad que el contenido de las ayudas ha cambiado, pero mantiene su aspecto individual. Por otra parte, en la medida en que los pobres no pueden acceder a los derechos y a los deberes de una clase superior, no basta con atribuirles un significado individual, siempre dependiente de sus inciertas posibilidades personales. Necesitan un reconocimiento, una seguridad, una libertad colectivas a la medida de su entorno e independientes de las flaquezas individuales, siempre posibles<sup>5</sup>. En los países occidentales se aboga por unos medios de promoción para las familias denominadas reeducables o recuperables. Estos medios de la ayuda social, que dependen del carácter o de la buena voluntad de cada familia en concreto, se distinguen en su contenido, aunque no en su naturaleza, de la antigua asistencia pública y de las buenas obras tradicionales tan criticadas. Las actuaciones materiales, sociales o espirituales individualizadas son infinitamente preciosas, incluso indispensables. No obstante, corresponden a una especie de salvamento de individuos o de familias y no llevan a la integración de un entorno. Tienden a hacer una selección en una capa social, en vez de hacer que estalle el círculo vicioso de la pobreza. Individualizando al pobre sin introducirlo en un grupo a su medida, se le aísla y se le despersonaliza. Ésta nos parece una de las formas más sutiles de marginación.

Sin embargo, hay algo aún más grave. El pobre, que es a un tiempo inútil y molesto, se ve obligado a justificarse individualmente. Pero es incapaz: ¿cómo puede hacerse comprender, privado de los medios de comunicación necesarios, fuera incluso del control de la sutilidad del investigador científico? Es sospechoso, en todo momento le piden que se identifique y lleva encima una infinidad de papeles justificativos: facturas, el documento de reconocimiento de un hijo o el certificado de que la asistencia pública se ha hecho cargo de él, tarjetas de asistencia... Los saca de los bolsillos continuamente, en un gesto característico del marginal que para explicarse no tiene más que un montón de papeles y de documentos personales dispares, sucios y gastados a fuerza de manipularlos, y donde casi siempre falta la más mínima palabra de recomendación. Este

---

<sup>5</sup> Para la cuestión de las necesidades de una conciencia colectiva, véase Christian Debuyst, "Principios psicológicos de la promoción de la familia inadaptada", ed. Oficina de Estudios Sociales, 1964.

gesto irrisorio simboliza una pobreza que no ha conseguido que se admita su entorno ni las cargas que representa. Acusado de la ineficacia de nuestras ayudas y nuestras limosnas, se le persigue en cada uno de sus miembros, hasta en esos lugares marginales en los que se esconden.

Hemos visitado a los parias en sus huertos a las afueras de los poblados indios<sup>6</sup>. Aunque siguen siendo marginados a pesar de las medidas gubernamentales, tienen derecho a que se les reconozca su estado y se les han atribuido unas profesiones. Aunque fuesen rebajados a una existencia casi animal, en su situación conservan un lugar y un papel colectivos. Lo mismo les ocurre a los mendigos de las orillas del Ganges. Aunque no tengan más dignidad, conservan la de ser un medio hacia la santificación de quienes no son pobres. El paria y el mendigo tienen, cada uno a su manera, un significado, una utilidad y el derecho a ser lo que son. No podemos evitar pensar que aún no ha aparecido en la India la pobreza más terrible. Muy pronto la conocerán los más desaventajados de entre los pobres: incapaces de entrar con su entorno en la era tecnológica, quedarán al margen, pero esta vez desposeídos hasta del estatus social o religioso más humilde. Lo que ganen en el plano material recogiendo las migajas de una mesa más abundante lo perderán en el plano social, pues ya no se reconocerá ni se tolerará su estado.

Éste es el drama de la capa subproletaria en Occidente. Nunca ha estado protegida de unas intervenciones individuales que resultan más pesadas porque no proceden de individuos, sino de las propias instituciones de la sociedad. Estas intervenciones tienden, en última instancia, a destruir esta capa robándole a sus niños. Quienes piensan en los intereses de una sociedad rica se suman aquí a esos de los que hablábamos al principio de estas páginas y que intentan reducir la pobreza por respeto al pobre. Por razones distintas lo asfixian muchas veces en un mismo empeño. En los países más avanzados, el círculo vicioso de la pobreza no tiende sólo a mantener a los pobres en su estado, sino también, a fin de cuentas, a aniquilarlos. Este círculo sólo se romperá en la medida en que la sociedad establezca con las capas sociales sin privilegios unas relaciones humanas de una nueva naturaleza.

## **5. Un equipo en busca de la capa subproletaria.**

Al hablar de relaciones nuevas con un pueblo de miserables disperso por los países industrializados vamos más allá de las concepciones de una pobreza que depende de una simple medida gubernamental, de una sola acción del servicio social, del gesto caritativo de una entidad benéfica o del compromiso más o menos apasionado de unos cuantos militantes voluntarios. Nos enfrentamos a un problema que sólo puede resolver la solidaridad inteligente, lúcida y duradera de una sociedad entera para con sus pobres. Para crear unas relaciones de este tipo necesitamos, ante todo, conocimientos serios.

De jóvenes hemos sentido el deseo de poder decir lo que viven los pobres en su universo aislado, cuyas fronteras no puede cruzar el que no es pobre, el deseo de conocer también ese mundo exterior que nos resultaba impenetrable. Este deseo de un conocimiento mutuo, de una comunicación verdadera entre pobres y no pobres, lo compartimos hoy con los equipos que conviven desde hace años con la población subproletaria. Son equipos en los que hay personas de diversas profesiones, de toda clase, son hombres y mujeres de distintas creencias religiosas y filosóficas que han querido ser la vanguardia de una sociedad al fin más realista, decidida a combatir la miseria en todos sus reductos. Son los canales de comunicación entre dos mundos obligados a encontrarse.

Si la solidaridad supone conocimiento, éste, a su vez, supone una presencia solidaria, duradera. La solidaridad no llega del exterior ni de una presencia más o menos temporal, más o menos pasiva en un entorno desfavorecido. Es un error pensar que alguna vez nos tomará por uno de los suyos, que se nos abrirá y nos llevará a su universo secreto, a menos que encuentre en nosotros la voluntad no sólo de estar presentes, de llegar incluso a compartir sus condiciones de vida, sino también de unir nuestro destino al suyo de una forma dinámica.

---

<sup>6</sup> El padre Joseph visitó la India en 1966.

El verdadero conocimiento, como la promoción de los pobres, busca una presencia de esta naturaleza: no puede conformarse con un simple acercamiento desinteresado, provisto de las técnicas de investigación que se utilizan hoy.

Por eso los equipos de Ayuda a Todos los Desamparados<sup>7</sup> han querido asumir un compromiso dinámico y duradero en el que los pobres puedan responder por ellos y viceversa. En 1962 la voz del papa Juan XXIII dio un nuevo aliento a sus esfuerzos al recordar a la Iglesia que su primera tarea es ser la iglesia de los pobres<sup>8</sup>. Los pobres recuperarán el lugar preferente que la iglesia les tiene reservado de siempre en la medida en que disponga de los conocimientos indispensables para reconocerlos y unirse a ellos. El trabajo de los equipos de Ayuda a Todos los Desamparados puede inscribirse, pues, en el gran movimiento de la Iglesia en busca de los pobres, que se sitúan en el centro mismo de esta busca, porque la Iglesia no sale a descubrir a un pobre cualquiera, a un hambriento, un enfermo o un anciano cualquiera. De siempre se ha orientado al más desposeído, pues en él encuentra a la vez a Cristo y a toda la humanidad, y desde él tiene la certeza de llegar a todos los pobres.

Es evidente que en tal empresa la ciencia no puede seguir mucho tiempo más siendo el pariente pobre de la caridad. Jean Labbens, que ha venido a compartir nuestra vida, lo ha entendido. En estos primeros capítulos presenta algunos elementos en los que se podrá basarse algún día una verdadera sociología de la pobreza. Con su ayuda, los equipos de Ayuda a Todos los Desamparados comienzan una obra que desean que sea digna para el cumplimiento de la profecía de Juan XXIII.

---

<sup>7</sup> Ayuda a Todos los Desamparados era uno de los primeros nombres de lo que hoy es el Movimiento ATD Cuarto Mundo. Con el término "los equipos de Ayuda a Todos los Desamparados" el autor se refiere a los equipos de voluntarios permanentes con un compromiso perpetuo de lucha contra la miseria.

<sup>8</sup> Alocución radiofónica en Radio Vaticano el 11 de octubre, un mes antes del inicio del Concilio Vaticano II.